

ARTURO SÁNCHEZ SANZ

PRETO, RIANOS



LA ELITE DEL EJÉRCITO ROMANO



Arturo Sánchez Sanz

PRETORIANOS

La elite del ejército romano

Nos ayudaste a ser más fuertes, pero sobre todo, mejores.

Nos enseñaste que el orgullo no es enemigo del corazón.

*Has dejado aquí mucho más de lo que te llevaste
y cuando alcemos la vista,
allí estarás.*

Gracias, Elena.

Miles in forum, miles in curiam.
«Soldados en el foro, soldados en la curia».
TÁCITO, *Anales*, I, 7, 5.

AGRADECIMIENTOS

Cualquier obra escrita de esta envergadura supone no solo un reto, sino un gran esfuerzo tanto investigador como de síntesis. Desde que me propusieron el honor de tratar sobre una de las unidades del ejército antiguo más conocidas y laureadas, la sorpresa inicial por esta oportunidad dio paso pronto al agradecimiento y al compromiso por estar a la altura. Quiero dar las gracias Félix Gil, mi editor en La Esfera, por confiar en mí para esta empresa como una apuesta personal cuyos desvelos espero compensar y a quien también debo dar la enhorabuena por las alegrías de este año. A Ignacio Pasamar, sin el cual nada de esto habría sido posible y a quien debo más de lo que podré pagar. A mi hermana Paloma y mi sobrino David, que tantas horas dedicaron a ayudarme en la parte de investigación. A mi madre, que nunca dejó de alentarme día tras día delante del ordenador. A Cristina de Gorospe, por sus consejos, ayuda y apoyo incondicional incluso en los momentos más difíciles. A Carlos y Pilar por cada palabra de aliento y por su cariño. Por supuesto, a todos los grandes historiadores que me han enseñado todo lo que sé y brindado siempre su apoyo: María Cruz Cardete, Francisco Díez de Velasco, Domingo Plácido, Estela García, Carmen Blánquez, Rosa Sanz, Fernando Echeverría, Miriam Valdés, Joaquín Gómez Pantoja, Francisco Javier Espelosín, Ángel Molinero Polo, José Pascual, Adolfo J. Domínguez Monedero, Soledad Millán, Joaquín Córdoba Zoilo, Carmen del Cerro y tantos otros no menos importantes, gracias a los cuales aprendí a amar la Historia. A Héctor Ceñal, por su ayuda y cuya tesis sobre los pretorianos es un referente que se suma a la excelente labor de Adolfo Raúl Menéndez Argüín para acercar su co-

nocimiento al público en castellano. Finalmente, un agradecimiento que llega con casi dos milenios de espera para los grandes autores clásicos sin los cuales nada sabríamos de aquellos momentos y personajes que forjaron parte de lo que ahora somos. A Diodoro, Tácito, Arriano... Allí donde están ellos saben quiénes son, aunque quizá no cuánto les debemos.

La responsabilidad es enorme, tanto para con todos ellos como con vosotros, los lectores. Sí, es a vosotros a quienes también debo más de lo que podáis imaginar. Para aquellos que os acerquéis a esta obra espero haber sido capaz de ayudar a que encontréis lo que buscabais, a que sintáis lo que sintieron los protagonistas de cada capítulo. Ese es el mayor orgullo que puede sentir un historiador, premiar la valentía que demostráis cada vez que os acercáis a un libro para llegar un poco más lejos, para saciar momentáneamente vuestra curiosidad, que es la que, a fin de cuentas, nos hace ser lo que somos. Si no ha sido así, sin duda la responsabilidad es enteramente mía y, al menos, me gustaría pensar que habéis disfrutado con ella tanto como yo lo he hecho escribiéndola.

PREFACIO

El mundo occidental, aquel en el que vivimos, siempre será heredero y deudor de los sucesos que forjaron lo que ahora somos, de los protagonistas que marcaron la senda que nos ha llevado hasta aquí, no solo en la Edad Moderna o la época medieval, sino, y quizá sobre todo, en la Antigüedad. Muchos sucesos cruciales que acontecieron en ese momento aún tienen una enorme repercusión: el surgimiento de la democracia, la relación entre Oriente y Occidente, la expansión de la cultura griega y romana, las guerras que lo propiciaron, etc. Sin duda hubo mucho más, más de lo que habitualmente conocen aquellos que aún no se han adentrado en todo lo que puede ofrecernos. Y a pesar de ello, algunos momentos, personajes, leyendas o recuerdos permanecen en el imaginario colectivo muchas veces sin que sepamos bien de dónde proceden. Grandes mentes como Platón, Aristóteles o Cicerón. Políticos como Pericles, Julio César, Marco Aurelio o Constantino. Fascinantes protagonistas como Cleopatra, Zenobia o Leónidas. Dioses, héroes y leyendas como las de Prometeo, Heracles, Aquiles o las Amazonas. Todos ellos conocidos, aunque sea vagamente, pero cuya importancia ha permitido que sus nombres nunca sean olvidados. Los pretorianos forman parte de tales afortunados.

Su nombre se ha utilizado a lo largo de la Historia para infinidad de colectivos, siempre asociados a los valores que con más fuerza han sobrevivido: lealtad, elitismo y custodia. Los pretorianos se convirtieron en sinónimo de aquellos que permanecen cerca del poder, velando por su seguridad, garantizando un apoyo incondicional basado en la confianza. Dieron nombre a la escolta de monarcas, presi-

denes, caudillos, etc. Fueron los precursores de unidades tan conocidas como los mosqueteros de Luis XIV, la Guardia Imperial de Napoleón Bonaparte, la Guardia Suiza del Sumo Pontífice o las SS de Adolf Hitler.

Hoy en día otros de esos valores que se les asocian han cobrado un mayor protagonismo. La condición de tropa de elite militar, cuyos miembros destacaron por ser considerados los mejores de entre las legendarias legiones romanas, han sido utilizados para dar nombre a colectivos deportivos que esperan reflejar su compromiso, disciplina y afán de superación. Atrás han quedado la baja estima que los propios ciudadanos romanos tuvieron hacia ellos como unidad militar dominante en la capital imperial, y las críticas de los autores clásicos hacia su participación política a costa de la vida de no pocos emperadores. En la actualidad, la historia oscura que forma parte de los soldados del pretorio ha quedado eclipsada por sus hazañas, del mismo modo que los hechos heroicos de los espartanos casi han eliminado sus episodios menos gloriosos. Sin duda debemos ser justos. Si bien entre los eruditos tradicionalmente se mantuvo esa visión clásica que denunciaba sus desmanes y aborrecía su existencia, pese a ello, los pretorianos han sido muchas veces únicamente un colectivo digno de ser emulado por los valores que se les suponían. Incluso han dado origen al término «pretorianismo» que la Real Academia Española define como «influencia política abusiva ejercida por algún grupo militar». Mientras que la definición de «pretoriano» muestra varias acepciones relativas tanto a los soldados romanos originales como a los encargados de la protección en el caso de importantes personajes públicos, sin aludir a tales actitudes. Ello refleja claramente esta dicotomía en cuanto a su consideración. Los mitos, las leyendas, y aún más la Historia, siempre tienen luces y sombras, méritos y errores. Si pretendemos valorar adecuadamente cualquier

episodio o actor del escenario en el que se ha desarrollado la humanidad necesitamos conocer toda la obra en su conjunto, disponer de esa información y utilizarla para crear una opinión propia pero fundada.

Tal misión no es poca cosa, y sería pretencioso intentar ofrecer aquí una historia definitiva que supere todo lo anteriormente expresado. Simplemente trataremos de dar al lector las herramientas que hemos podido crear gracias a la información escrita y arqueológica que ha sobrevivido, y a partir de las cuales sea posible conocer mejor a estos soldados que un día fueron la elite del Imperio romano.

INTRODUCCIÓN

Los pretorianos. Su sola mención evoca recuerdos de poder y gloria alcanzados por el ejército romano. Una máquina militar al servicio directo de omnipotentes emperadores que rigieron los destinos de gran parte del mundo conocido. Su verdadera historia ha permanecido tradicionalmente distorsionada tras el crítico velo tejido con esmero por muchos autores clásicos. Augusto había instaurado sólidamente el Principado, y la idealizada época republicana que añoraban ya nunca volvería. No estaban solos en su oposición a la nueva forma de gobierno. Muchos senadores les apoyaban, ya perdida su antigua influencia, y gran parte del pueblo recelaba abiertamente de la militarización de la capital. La figura imperial atesoraba todos los poderes, pero eran los pretorianos quienes realmente garantizaban su preeminencia contra toda oposición. En gran medida ellos asumieron la condena pública, incluso muchas veces la fomentaron mediante acciones reprobables. Su influencia en Roma propició el ascenso de no pocos emperadores, mientras otros nunca más verían la luz del día tras perder su lealtad, episodios todos ellos que no contribuyeron a mejorar esa imagen. A pesar de ello, no parece justo juzgar a cientos de miles de pretorianos, que formaron parte de esta unidad durante sus más de tres siglos de actividad, por las acciones de algunos de ellos, ni devaluar otros muchos logros y acciones meritorias enfrentando el peligro por aquellas más deshonrosas. Es necesario valorar la Historia en su conjunto, pues, sin ir más lejos, los emperadores proclamados por las legiones superaron con creces al de aquellos encumbrados a manos del pretorio.

Su misión principal, la protección del emperador y su familia, ayudó enormemente a incrementar su poder y ascendiente en la esfera política romana. Es cierto, muchos no tardaron en ser conscientes de ello y tratar de aprovecharlo en beneficio propio,[1] origen de las luces y sombras que marcaron su existencia. No lo es menos que esa tradición crítica ha sobrevivido, reflejada por muchos autores contemporáneos que dejaron de lado la objetividad como principio necesario de todo estudio histórico.

Las cohortes pretorianas nacieron en época republicana como escolta personal de aquellos altos magistrados *cum imperio* en los que depositaron su lealtad, como Escipión, Octavio, Antonio, etc.,[2] hasta convertirse en escudo y espada del emperador. Allí donde este se encontrara lo escoltarían como su guardia personal. Harían cumplir sus órdenes, vigilando que nadie tratara de poner en peligro su vida y asegurando su dominio político. Adicionalmente, como unidad militar de mayor prestigio, sus escogidos miembros no estuvieron exentos de actuar en el campo de batalla cuando fue necesario. Conformaban la última línea de defensa y la más eficaz. La baza que entraba en juego para obtener la victoria o, cuando menos, evitar la captura y muerte de aquellos a quienes servían, cuando las legiones regulares no conseguían imponerse al enemigo. Al menos, esa era su razón de existir, aunque no pocas veces se convertirían en un peligro mayor que aquellos a los que se enfrentaban.

Todos los emperadores romanos fueron conscientes del enorme riesgo que suponía depositar su seguridad y la de sus seres queridos en manos de aquellos soldados. Más aún cuando, con el paso de los siglos, sus episodios de deslealtad comenzaron a ser bien conocidos. Sin embargo, era todavía más peligroso prescindir de ellos y quedar expuestos a manos de sus opositores que tratar de asegurar

su fidelidad por todos los medios. Si la responsabilidad de ser elegidos como escolta real no era suficiente honor, esperaban que su juramento y la entrega de grandes cantidades de dinero disiparan cualquier duda o descontento. Ni siquiera ello fue suficiente, pues no pocas veces las arcas del Estado no se encontraban en condiciones de afrontar tales gratificaciones y siempre había mejores postores que prometían multiplicar sus ingresos. La confianza absoluta y lealtad incondicional nunca pudieron asegurarse, aunque solo la leve creencia en que así fuera permitió incrementar paulatinamente sus cometidos iniciales mediante responsabilidades a veces legítimas y otras más cuestionables. Entrega de información, mantenimiento de la seguridad en espectáculos públicos, control de rutas y lugares estratégicos, actuación en procesos judiciales, detenciones y ejecución de sentencias, vigilancia de presos, fueron algunas de sus nuevas funciones hasta, incluso, proporcionar divertimento a la plebe como parte de juegos gladiatorios. En un imperio abocado al expansionismo con frentes en guerra permanentemente abiertos, inmersos en las luchas por el poder como parte del juego político y siempre dispuestos para la acción, las oportunidades para que los pretorianos se vieran involucrados nunca escasearon a lo largo de la longeva vida de esta unidad.

Su importancia les convertiría en la unidad más prestigiosa del ejército romano, y también la más denostada entre sus compañeros. Su nombre, aún hoy, suscita odio y admiración a partes iguales. En una época donde el destino de gran parte del mundo conocido se dirimía en una sola ciudad, Roma, en manos del emperador, los pretorianos se convirtieron en el *lobby* por excelencia. El emperador los necesitaba también para controlar la actuación de los senadores y los caprichos de la plebe, si quería mantener su poder e integridad. Ellos lo sabían, y muchos no ocultaron su

rencor. El pueblo apenas tenía ya influencia política y no pocas veces cualquier acción opositora por su parte fue duramente reprimida, con ayuda de las cohortes urbanas. El Senado se había convertido en una institución simbólica que existía solo para escenificar un ficticio pluralismo, y los pretorianos se encargaron tenazmente de recordar a los senadores menos dispuestos que su momento de gloria había pasado.

Esa situación, unida a los elevados requisitos de ingreso en las cohortes, les hizo sentirse superiores al resto de soldados. Sus méritos militares quedaban en segundo plano. Su existencia dependía del emperador y este nunca hubiera podido perpetuarse sin ellos. Una relación de necesidad institucional mutua se había instaurado por encima de los individuos que, puntualmente, se vieran involucrados. Los pretorianos podían imponer un nuevo soberano o este deshacerse de sus soldados por otros quizá más leales, pero el sistema se perpetuó en esencia hasta el gobierno de Constantino (312 de nuestra era).

En Roma, poco después de su instauración oficial, los *Castra Praetoria* se convirtieron en el hogar de esta elite militar a instancias del prefecto Sejano y del emperador Tiberio. Aún hoy, dos milenios después de su construcción, amplios tramos de su imponente muralla perimetral se yerguen como si todavía tuvieran que proteger aquel campamento. Se ubicaba fuera de los límites de la ciudad, en un intento por apaciguar a aquellos que rechazaban la presencia de soldados dentro de sus muros, aunque lo suficientemente cerca para intervenir rápidamente. Cuando Julio César cruzó el Rubicón con sus tropas el terror se apoderó de muchos romanos al recordar los tiempos en que aquellos ya casi olvidados primeros reyes mantenían su posición por la fuerza de las armas. Augusto nunca quiso elevar la tensión popular estacionándolos en la capital, aunque su pre-

sencia era permanente y su elevado número pronto se convirtió en proporcional al miedo que causaban entre sus opositores.

La Roma republicana representaba el desarrollo de un sistema político donde todos los estamentos sociales habían logrado alcanzar cierta cuota de representatividad a través de los comicios, no sin sacrificios y aunque esta no se repartiera de forma equitativa o proporcional. Con el tiempo, el Senado se convirtió en la principal institución del Estado, supervisando el nombramiento y actuación de los cónsules. Una de sus prioridades fue siempre vigilar que los poderes militares mantuvieran unos objetivos claros al margen de la política, y controlados por esta. Durante siglos lo habían logrado, pero las guerras civiles acabaron con aquella situación y, ahora, la instauración del Principado significaba que los antiguos reyes habían regresado con otro nombre y un poder nunca imaginado. Un poder sustentado en el ejército, cuyo principal exponente eran las cohortes pretorianas, pero no el único. Las cohortes urbanas, los *vigiles*, los *germani corporis custodes* y, más tarde, los *equites singulares Augusti* también se estacionaron en la capital. Los soldados habían vuelto a Roma y esta vez sería para quedarse.

Ni siquiera Constantino fue capaz de cambiar esa realidad incluso tras la disolución del pretorio. Tampoco fue nunca su intención, pues otros militares ocuparían su lugar. Roma era la cabeza del imperio y los pretorianos eran Roma. Allí residía el emperador y se reunía el Senado. Ningún nuevo candidato al trono podía aspirar a alcanzarlo sin su apoyo, menos aún mantenerlo. Ello permitió que los pretorianos fueran siempre los soldados mejor pagados del ejército, y que a su salario se añadieran frecuentemente ingresos extraordinarios en forma de donativos entregados por el emperador. No eran sus únicos privilegios. Su servi-

cio en Roma suponía un destino mucho menos peligroso que la defensa de las fronteras, donde los legionarios arriesgaban permanentemente sus vidas frente a poderosos enemigos, y su licenciamiento se producía mucho antes que el de aquellos, lo que ayudaba también a mejorar sensiblemente sus expectativas de supervivencia.

Convertirse en pretoriano era el sueño de todo militar y la envidia de sus compañeros. Suponía un orgullo de por vida. Compartían su existencia con un emperador al que el resto de tropas apenas conocían por su efigie en las monedas con las que les pagaban, disfrutaban sin freno de los inimaginables placeres que Roma podía ofrecerles y vivirían holgadamente el resto de sus días. Alcanzar todo ello no era sencillo, solo los más aptos de entre los numerosos aspirantes lo conseguían, y solo tras demostrar su valía en multitud de pruebas. Para ser pretoriano había que ganárselo.

En este estudio trataremos de abandonar mitos y leyendas asociados frecuentemente a esta unidad para centrarnos en su historia. Los hechos que sucedieron y como sucedieron. Algo que no habría sido posible sin la importante contribución que, en las últimas décadas, nos han proporcionado el registro arqueológico y el esfuerzo de excelentes autores como Ceñal Martínez, Guy de Bédoyere, Menéndez Argüín y J. Bingham. Trataremos de aplicar una visión objetiva y crítica al análisis de las fuentes clásicas (Suetonio, Tácito, Herodiano, Aurelio Víctor, Plutarco, Plinio y Dión Casio), priorizando aquellas que destacan por su importancia y fiabilidad en apoyo del registro arqueológico existente (relieves, restos epigráficos, etc.).

Nuestra intención es ofrecer una visión global acerca de la estructura, funciones, características, tácticas de combate, indumentaria, logística, etc. de las cohortes pretorianas; así como de los acontecimientos históricos en los que to-